

JOSÉ MARÍA CONGET

**EL MIRLO
BURLÓN**

PRE-TEXTOS CONTEMPORÁNEA



Impreso en papel FSC® proveniente de bosques bien gestionados y otras fuentes controladas

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Primera edición: noviembre de 2018

Diseño de la colección: Andrés Trapiello y Alfonso Meléndez
Imagen de la cubierta: © Miguel Conget Cruzado

© José María Conget, 2018

© de la presente edición:

PRE-TEXTOS, 2017

Luis Santángel, 10

46005 Valencia

www.pre-textos.com

IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-17143-79-4 • DEPÓSITO LEGAL: V-2854-2018

ADVANTIA, S.A. TEL. 91 471 71 00

*Quand nous en serons au temps de cerises
Et gai rosignol et merle moqueur
Seront tous en fête.
Les belles auront la folie en tête
Et les amoureux le soleil au coeur.
Quand nous chanterons le temps de cerises
Siflera bien mieux le merle moqueur.*

Le temps de cerises

«Cuando lleguemos al tiempo de las cerezas, / El
alegre ruiseñor y el mirlo burlón / Se pondrán
de fiesta. / Las muchachas perderán la cabeza /
Y los enamorados llevarán el sol en el corazón. /
Cuando cantemos el tiempo de las cerezas /
Silbará mejor el mirlo burlón.»

El tiempo de las cerezas

¡Juventud, juventud, divina juventud!
¿Cómo te recordaré, mi juventud?
Te recordaré, oh juventud, con dolor y angustia,
dolor y angustia y tristeza infinita.

Antigua canción popular rusa

DESDE el cuarto que le habían destinado las monjitas en la Quinta Julieta se veía brumosa la zona ajardinada, detrás tal vez un descampado, y más allá debía fluir el Canal, ¿o era a la izquierda? Cuántos años sin volver a la semilla, pensó Rafael, normal que estuviera desorientado. Había contado treinta *push-ups* sobre el suelo y dudaba en hacer *jogging* por un absurdo residuo de respeto humano, que habría que calificar de respeto clerical, aunque a estas alturas las santas madres debían de estar curadas de espanto. Las actividades que en Chicago formaban parte de una cotidianidad que nadie cuestionaría —el gimnasio, correr por Lincoln Park, salir de bares algunos viernes por la noche—, en España, y no digamos en su Zaragoza natal, se le antojaban de golpe impropias y tenía que racionalizar que se trataba de un reflejo de otros tiempos que también en su país habían sido de sobra superados. Si te descuidas, se rió para sí, echarás en falta la sotana. Se puso resueltamente el pantalón del chándal sobre el calzoncillo y se dirigió a la salida. No se le escapó la mirada de reprobación de la hermana portera que lo vio dando saltitos de precalentamiento en el hall, pero Rafael le dirigió un exultante y sonoro buenos días que merecía acallar todas las críticas marcadas en la frente obtusa de la viejecita. Empezó un trote ligero para combatir el otoño friolento que se manifestaba en niebla matutina, una niebla meona como decían en los pueblos. La zona verde que rodeaba la Casa de Ejercicios se desdibujaba entre aquella gasa

húmeda y Rafael prescindió a la fuerza de los estímulos semiinvisibles del paisaje. Debía concretar algunos puntos de la charla que daría mañana en el auditorio de la agrupación Pensamiento y Espiritualidad. En Cataluña pronunció «Bonhoeffer y Barcelona» ante un grupo de jóvenes cristianos de base a los que pretendió interesar en la gran figura del teólogo alemán tomando como coartada el año que éste pasó allí como vicario de una parroquia protestante. Reservaba la ponencia más compleja, «Luteranismo ecuménico», para la Universidad de Comillas, y había preparado una introducción a la obra de Paul Tillich para el grupo aragonés. ¿Debería introducir la anécdota que en su día —era entonces Rafael muy bisoño— lo había perturbado, pero con el tiempo le servía para humanizar a un personaje de perfil tan severo? Aunque si los oyentes no eran maduros —teológicamente maduros—, el hecho de que, cuando la esposa (segunda esposa, por cierto) de Tillich creía que su marido se concentraba en textos de la Patrística, él estuviera entregado a lecturas pornográficas, restaba gravedad moral y verosimilitud a sus argumentos en la polémica con Karl Barth y en general a su, por otro lado, profunda reflexión cristiana, lo que era tan injusto que Rafael prefería correr el riesgo de plantearlo antes que algunos de los asistentes llegaran a esa historia por su cuenta y carecieran de razones para no descalificar un discurso con el que ninguna conexión guardaban las obsesiones eróticas de su autor. ¿O sí? Rafael recordó otros episodios de la vida del teólogo que aún le habían desconcertado más hacía décadas y evocó el comentario, aplicable también a Tillich, de su antiguo alumno Patricio: alguna relación debe de existir, dijo, entre *El ser y el tiempo* y los fervores hitlerianos de su autor. Ahora Rafael tenía respuestas y respuestas racionales, inteligentes, directas, para todas esas ¿aparentes? contradicciones, incluso para las suyas propias, y de paso le

vino a la cabeza el regalo que le había pedido Justin, tenía que encontrar un rato por la tarde para ir de compras. Se había detenido delante de la verja que separaba los jardines del erial exterior donde se intuía algún árbol huérfano. Por primera vez le faltaba el aire y un flato le dolía en el costado. Sabía que en algún momento la edad le avisaría de que, por muy en forma que se mantuviera, en el cuerpo se alzan ya señales de limitaciones. No era posible, aún no. Hizo ejercicios respiratorios. O sería el ternasco de anoche, ya no estaba acostumbrado a esos festines de carne y echó en falta su dieta casi vegetariana en Estados Unidos. O los meandros de su conciencia lo habían atrapado desprevenido y generado como una especie de cortocircuito en su bien regulado organismo. Qué idiotez. Nunca como hoy su vida había estado tan en armonía con sus circunstancias y sus aspiraciones, aspiraciones cumplidas, pensó. Y con Dios. ¿Cuándo se había sentido más cerca de Dios que acariciando los muslos de Justin? Le vino a la boca el recuerdo del sabor del semen de Justin y no rechazó la evocación. Respiró hondo. Había recobrado las pulsaciones y el aliento. Con un ritmo más pausado corrió de regreso hacia la Casa.

La blanda megafonía del centro lo reclamaba cuando pisó los mármoles del vestíbulo, padre Rafael Echeverría, al locutorio. Era su hermano Julián en tono irritado porque le había dejado un mensaje en ese teléfono americano que te has mercado, Rafa, y no le había contestado, y él que disculpase, había salido a hacer un poco de *jogging* y se había dejado el móvil en la habitación. Dos cuestiones: ¿a qué hora pasaba a buscarlo?, a eso de las doce si le parecía bien, sugirió el especialista en teología protestante, y si le apetecía una cena esa noche con algunos compañeros de antes, alguno del cole, del noviciado, estaban avisados unos pocos, pero Rafa había comprometido la noche con los que fueron sus

alumnos del seminario de filosofía *in illo tempore*, ¿lo dejamos para el almuerzo de mañana? Subió a su cuarto, se duchó y luego celebró misa en la capillita que le habían cedido, asistieron un par de monjas enfermas que no había podido oír la temprana de la comunidad. Desayunó en la gran cocina un zumo de naranja, café y una magdalena que le supo a infancia pero sin efecto retrospectivo. De nuevo en su cuarto se descalzó, se puso en posición del loto y meditó durante una hora sobre la frase de san Agustín al principio de las *Confesiones*: «*Fecisti nos ad te, Domine, et inquietum est cor nostrum donec requiescat in te*». Inquieto está nuestro corazón, se repetía el padre Rafael Echeverría. Se sentía relajado y del mejor humor mientras escogía una corbata a juego con la camisa. Con la cazadora al hombro bajó al vestíbulo. Charló unos minutos con la madre Josefina que se interesaba por la situación de la orden en América. Se asomó a la entrada para ver llegar el destartalado cuatro plazas de la comunidad de su hermano Julián.

Julián le dio un abrazo desangelado y lo invitó a subir al coche, ¿había dormido bien?, se interesó, Rafael le contó el insólito ahogo cuando hacía *jogging*, debió de ser el ternasco de la cena, no estaba habituado, pues que no se lo comentara a Nieves, había puesto una ilusión enorme en festejar al hermano viajero con lo que más le podía gustar, ¿y no era Rafa un devorador de cordero cuando vivía allí?, pero las costumbres cambian, se defendió Rafa con una sonrisa, y pensó (pero no lo dijo) que Julián había conservado su afición a las ricas grasas a juzgar por el considerable volumen de su corpachón, bueno, ya era así de joven, toda la familia era una familia de corpulentos, sólo Rafa había adquirido una esbeltez de atleta gracias a una rigurosa disciplina. ¿Estaba seguro de que le apetecía visitar el centro de asistencia donde trabajaba Julián?, por supuesto, claro, para eso se ha-

bían citado, ¿no?, Julián esbozó una mueca escéptica, oye, le dijo, ayer como estaban en casa de Nieves con el cuñado y los sobrinos no había querido tocar un tema que les aburriera, todos estaba encantados con su brillante descripción de la vida americana y de la arquitectura de Chicago y demás, Rafael escuchó impertérrito, adónde iba a parar su hermano, leí tu último libro, gracias por enviármelo, continuó Julián, todo eso, la duda necesaria, revelación y existencialismo, con Dios pero como si Dios no existiera etcétera, sólo querría saber por qué lo escribiste o para quién, todo muy sutil, muy inteligente, pero mientras nosotros nos enfrentamos al mono de abstinencia de un gitano que todavía tiene salvación me preguntaba para qué sirven esas especulaciones de desocupado, ¿o necesitaba publicar para mantener su cátedra, o lo que fuera que ocupara en la universidad? El tono era desabrido y cogió por sorpresa a Rafa, escucha, empezó a murmurar, y todas las citas en alemán, le interrumpió Julián, ¿sólo van a leer tu libro los que se manejan bien en la lengua de Bonhoeffer?, el atacado carraspeó, miró a su hermano, gordo, mal afeitado y peor vestido, con unos vaqueros raídos y la zamarra negra de los curas obreros de hacía cuarenta años, percibió su irritación mezclada con la envidia y sintió lástima y ternura por Julián, era un trabajo académico y en realidad él sabía alemán, ¿no?, adujo, ¿cuántos años pasó en Weimar?, yo supe alemán, puntualizó el hermano, pero no es el caso que yo recuerde o no esa lengua, estaba combativo, sino para quién coño elucubras esos neobizantinismos, Rafael se atrevió a cortarle, se llama investigación teológica, Julián, y Julián emitió una forzada risa sarcástica, investigación, joder, investigación, investiga cómo evitar el sida del bebé que nacerá de una chica infectada de quince años, investiga sobre, y de nuevo le atajó el hermano mayor, sí, sobre el paro, la delincuencia, la drogadicción, vale, Julián, no seas

primario, no ignoro la miserable realidad a la que te enfrentas y admiro tu entrega y generosidad y la generosidad de otros como tú, pero ¿no crees que dentro de la iglesia hay sitio para la reflexión paralela a la acción evangélica? Habían dejado la orilla del Canal y el coche penetraba por una red de calles desconocidas para Rafael, bien era cierto que, salvo las del centro, todas las calles de Zaragoza le eran ahora desconocidas. Julián aparcó de pronto en una esquina, ¿habían llegado?, se extrañó Rafa, su hermano apoyó la cabeza en el volante, se volvió hacia Rafael, perdona, perdona, repitió, estaba agotado, los problemas se multiplicaban en la parroquia y se volvía injusto con quienes se dedicaban a tareas intelectuales sin mancharse las manos, las manos o el alma, añadió con un deje de amargura y de nuevo un punto de reproche, nada que perdonar, lo abrazó Rafa, sintió tenso el cuerpo del hermano, lo entendía perfectamente, aseguró, pero sí, era injusto, podían hablarlo con calma antes de su partida, recordaba en ese instante la única vez en que Julián y él se habían zurrado de chicos, empezó todo por la interpretación de una historieta del tebeo *Chicos*, Rafa pensaba que Julián no entendía nada de la aventura «Cuto en Oriente» y Julián, menospreciado y ofendido, le arrojó un tenedor que había sobre la mesa con tanto acierto que le dejó tres marcas rojas en el pecho, Rafa se abalanzó contra él y su madre los separó a escobazos, se referían a ese episodio, riéndose, como «el gran combate», y ahora Rafa recobraba a aquel niño humillado por la suficiencia del primogénito, otra vez humillado por logros intelectuales en los que veía una traición a su verdadera vocación religiosa y un alegato de superioridad. Si no le importaba, dijo Julián desprendiéndose del abrazo, hoy no lo iba a llevar al centro de asistencia parroquial, prefería descansar y mañana, sí, o pasado, pasado se iba a Santander, dijo Rafael, pero como quieras, dónde te-

nían la casa, en la calle Salvador Minguijón, no le dirían nada las señas, en San José, una zona tranquila durante el día pero por la noche daba miedo, la noche plasmaba la verdad del barrio con más crudeza y más exactitud que la cara lavada de las horas laborables, lo llevaría mañana a primera hora, había recobrado Julián la serenidad cuyo frágil andamiaje Rafael había percibido ya durante la cena de ayer en casa de su hermana, ¿dónde quieres que te deje?, se ofreció el benjamín poniendo el coche en marcha. El padre Rafael Echeverría recordó que tenía que comprar un regalo y se sintió ridículo después del diálogo anterior y al mismo tiempo se le antojaba ridículo que le pareciera ridículo, venció sus escrúpulos y le preguntó a su hermano en qué tienda podría encontrar un bolso de hombre, de cuero bueno español, era para un regalo, ¿para un americano?, indagó Julián, sí, claro, un amigo dilecto, se percató de que había impreso una pizca de ironía en el pedante adjetivo dilecto como para protegerse de otras preguntas o sospechas, Julián se sonrió y por un momento Rafa pensó que había captado el sentido oculto, pero se equivocaba, ¿buen cuero español?, y por qué no estadounidense, qué distingue el cuero español que sea de mejor calidad que el de los gringos, se burló al confirmar que el hermano mayor siempre se había movido un poco fuera de la realidad, bueno, mi amigo, se embrolló Rafa, quiero decir que me lo ha encargado expresamente, alguien le ponderaría lo del cuero español, explicó, ¿alguien que se llamaba Rafael Echeverría y que no tenía ni idea de cueros ni de bolsos?, sugirió Julián, alguien así, los dos se rieron, de todos modos que se bajara en la plaza Paraíso y allí tenía el mejor palacio del consumo de la ciudad, seguro que encontraba bolsos del mejor cuero celtíbero, y siguieron bromeando hasta que Rafael se bajó del cuatro plazas, quedaron en llamarse al día siguiente temprano.